

# Orientados por el Sol que nace

Carta del Abad General OCist para la Navidad 2017



Queridos todos:

Mientras nos encaminamos ya a celebrar el acontecimiento de la Navidad del Señor, pienso con agradecimiento en la intensidad del año transcurrido y en tantos encuentros con vuestras comunidades. No olvido tampoco muchas situaciones críticas y dramáticas que he compartido con tantos de vosotros. Situaciones personales, comunitarias, eclesiales, sociales, políticas, en las que a veces nos sentimos perdidos, desorientados. Por esto, en no pocas ocasiones he meditado en el tema de la desorientación, es decir, en la condición en que nos encontramos parados e incapaces de discernir la dirección justa en el camino a seguir. Este estado de desorientación es hoy en día una condición cultural, con frecuencia explotada por quien busca fácilmente el poder.

Cuando un pueblo no sabe ya dónde ir, se convierte en una presa fácil del que grita más fuerte que la dirección justa es seguirle a él. Los dictadores, sea cual sea la ideología con la que se presenten, son siempre personas que consiguen orientar las multitudes hacia ellos. Incluso san Benito nos pone en guardia: cada uno de nosotros, en el pequeño mundo de su comunidad o familia, o en su ámbito de trabajo y de responsabilidad, puede ceder a la misma lógica y convertirse en un “tirano” de quien está a su alrededor (cfr. RB 27,6; 65,2).

## ***O Oriens!***

El cristianismo es la respuesta a esta condición de desorientación en la que el corazón del hombre y de toda la sociedad se vuelven siempre a encontrar. Desde su primera aparición en el establo de Belén, Jesucristo orienta el camino de los hombres. Esto es lo que cantamos solemnemente en la antífona “*O Oriens!*” de la liturgia del 21 de diciembre:

*Oh Sol que naces de lo alto,  
Resplandor de la luz eterna,  
Sol de justicia:  
ven ahora a iluminar  
a los que viven en tinieblas  
y en sombra de muerte.*

El verbo “orientar” deriva directamente del término oriente, que es el punto geográfico en el que surge el sol. El primer significado de “oriente” está unido al verbo *oriri*, es decir, “nacer, surgir”. El sol es el *oriens* en sentido propio, porque es el astro que surge. El nacer del sol orienta el mundo entero, orienta el día con su luz. La naturaleza misma del universo educa simbólicamente al hombre a orientarse, a comenzar y vivir el día sabiendo cuál es la dirección del camino. El nacimiento del sol orienta el tiempo y el espacio de la jornada hasta la caída de la tarde. Y la jornada que transcurre desde el nacimiento del sol hasta su ocaso es el símbolo de la vida humana, que se extiende entre el nacimiento y la muerte. Es entre estos dos polos entre los que la vida debe tener un sentido, una dirección, y, por lo tanto, necesita ser orientada.

El nacimiento de Jesús, el acontecimiento de Dios que se hace hombre, se revela como el surgimiento de una luz capaz de orientar la vida de cada ser humano y de cada pueblo. De orientarlos no hacia la muerte, hacia el ocaso, sino hacia una plenitud de vida que el hombre no consigue darse por sí solo. Los pastores convocados para visitar a Jesús apenas nacido, o los Magos que vienen a adorarlo orientándose por un astro aparecido misteriosamente en el momento de su nacimiento, nos dan testimonio de que Cristo, desde su primera aparición en el mundo humano, es la luz que orienta la vida, que da a la vida su verdadera dirección, su sentido. Quien se orienta por Jesús, encuentra en Él la orientación verdadera de toda su vida. Los Magos vuelven a casa “por otro camino” (Mt 2,12), no obedeciendo ya al deseo de Herodes, sino que es determinado por el Niño que han encontrado. El anciano Simeón ha vivido toda la vida en el Templo orientado hacia el encuentro con Jesús, y cuando acontece el encuentro, cuando “la luz para alumbrar a las naciones” (Lc 2,32) viene para iluminar su vida, el camino hacia la muerte se convierte para él en un “ir en paz” hacia el destino de vida eterna revelado por la presencia de Cristo (cfr. Lc 2,29).

Todo encuentro verdadero con Jesús da sentido a la vida, orienta la vida en su verdad y belleza.

### **Salir del caos**

Antes que Jesús nazca en la vida de las personas o de las comunidades, se está siempre en una situación de caos, de confusión. Antes de encontrar al Señor, Luz del mundo, el corazón, la vida, las ideas, las relaciones, todo es confuso. Pensemos solamente en la confusión de pensamientos y de sentimientos en las que se encontraban los discípulos de Emaús, o en la confusión moral y relacional de la Samaritana, en la confusión espiritual y mental de los endemoniados, o pensemos en la confusión que las ambiciones de ser el más grande o la falta de fe creaban en el grupo de los apóstoles. Todos, antes de encontrar a Cristo, están desorientados, no saben dónde ir, incluso y sobre todo cuando creen estar en el camino justo, como los fariseos, como Saulo de Tarso.

Es importante saber reconocer que esta confusión está presente primeramente en nosotros mismos, en nuestras comunidades. Pero no debemos pensar que este sentimiento de desorientación sea necesariamente negativo. Con frecuencia esto deriva simplemente de la realidad en la que nos encontramos. Muchas comunidades están desorientadas por la fragilidad de sus miembros, debido a la edad avanzada y a la falta de vocaciones. A veces es la confusión de la sociedad, la situación política y económica de un país, la que crea en nosotros confusión y sentido de desorientación. La desorientación puede ser también un contagio que se comunica desde un miembro a toda la comunidad, por ejemplo, cuando alguno atraviesa una fuerte crisis, o deja la comunidad, o vive graves infidelidades a la vocación común.

Cuando todo va bien, puede ser también positivo que una persona o una comunidad pasen por momentos en los que se deben reorientar, porque esto quiere decir que se está en camino, que se avanza. Quien está siempre sentado o tumbado no se sentirá nunca desorientado, pero no se mueve, no camina.

En todas las situaciones, cuando necesitamos salir de la confusión, volver a encontrar la dirección del camino de la vida, es importante que esto ocurra volviéndonos no hacia nosotros mismos, o a guías mundanos, sino, como cantamos cada día en el *Benedictus*, hacia el “sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte”, que solo sabe y puede “guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1,78-79).

Desde los primeros siglos, la orientación de las iglesias hacia el Este ha educado para vivir la oración como un retomar la dirección justa de la vida. Desde el oriente se debe volver a Cristo. Desde el oriente viene Cristo, naciendo como el sol cada mañana, después de cada noche, incluso después de las noches espirituales en las que perdemos la dirección de la vida. Siempre tendremos que rezar para volver a dar una dirección y sentido a la vida, a lo que ocurre, a las situaciones en las que nos encontramos, y para que esta dirección y este sentido sean Cristo mismo, su presencia, su venir a nuestro encuentro, su caminar con nosotros. Cuando no rezamos así, nos damos cuenta que en nosotros y a nuestro alrededor aumenta la confusión, un desorden que vuelve triste la vida. La oración no quita el cansancio, el sufrimiento, la fragilidad, sino que permite volver a encontrar un sentido a todo esto, una dirección, un orden, haciendo brotar la alegría de la paz.

### **¡Es el Señor!**

No es la oración en sí misma la que orienta la vida. Orar quiere decir mirar hacia el oriente para ver el nacimiento del sol. Es el nacimiento del sol, su manifestarse, su luz, su calor, lo que nos libera de la confusión de las tinieblas y de las sombras de la muerte. La oración cambia la vida cuando se dirige a la presencia de Cristo que surge para nosotros.

Cuando nos encontramos ante los problemas y las dificultades de las personas y de las comunidades, ¡cuánto tiempo perdemos buscando soluciones o pretendiendo cambios sin comenzar por dirigirnos a Cristo que ha venido, ha

muerto y ha resucitado para manifestarse en toda posible situación humana y darle sentido y destino! Las soluciones también llegarán, y también los cambios, pero no serán obra nuestra, sino el reflejo en nosotros y a nuestro alrededor, de una luz que nos ha abierto los ojos.

¿Cómo amanece la presencia luminosa de Cristo en nuestra vida?

Cuando meditamos el Evangelio, nos damos cuenta que el Señor se manifiesta muy raramente como un relámpago. La manifestación de Cristo es casi siempre justamente como el nacimiento del sol, como la aurora que progresivamente anuncia y evidencia cuál es la fuente de su esplendor.

Como aquella mañana, en la que Pedro y algunos de los discípulos habían salido a pescar, y durante la noche no habían cogido nada. Y Jesús resucitado se aparece como una aurora: "Y llegada el alba, Jesús se apareció en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús" (Jn 21,4). Y ante su desilusión y confusión por no haber pescado nada, Jesús les orienta, les indica cómo proceder para que su vida pueda ser fecunda, útil, feliz: «Echad las redes a la derecha de la barca y lo encontraréis». La echaron y no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de peces» (Jn 21,6). Y el apóstol Juan reconoció entonces que esta presencia que nace como el sol y orienta la vida hacia su plenitud es la del Resucitado: «Entonces, aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: "¡Es el Señor!"» (21,7). Todos ven y oyen aquella Presencia que se manifiesta cada vez más; sin embargo, solo uno reconoce a Jesús, y comunica este reconocimiento al compañero más cercano. Y a medida que surge la luminosa presencia de Cristo, se difunde también el reconocimiento, como si Juan hubiera encendido una vela de aquel fuego pascual y hubiera transmitido la llama a Pedro y a los demás. De modo que se encuentran todos alrededor de Él, en silencio, felices, con el corazón lleno de adoración y de afecto hacia el Señor. «Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: "¿Quién eres?", porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, y así hizo también con el pescado» (Jn 21,12-13).

Esta maravillosa escena, llena de ternura y de amistad, ¿no tendría que reproducirse también para nosotros y entre nosotros? ¿No debería ser para nuestras comunidades un acontecimiento cotidiano, eucarístico? Si esto no acontece, ¿qué sentido tendría vivir juntos, trabajar juntos, como los apóstoles pescadores, el rezar juntos, el comer juntos? Y, sobre todo, ¿qué sentido tendría compartir las fatigas, los fracasos, el disminuir de nuestras fuerzas, de nuestros medios humanos? «Jesús les dice: "Muchachos, ¿no tenéis nada para comer?". Le contestaron: "¡No!"» (Jn 21,5). Es como si cuando Jesús aparece para pedir el fruto de nuestras fatigas, permaneciéramos encerrados en el "¡No!", que se limita a constatar nuestros límites sin desear más, sin pedir más.

El absurdo de este encerramiento es que no pedimos y deseamos ya más incluso ante la presencia del "más" infinito que nos es dado, que nos mira, que nos habla, que nos desea. El sol ha nacido ya y cerramos los ojos para vivir en la noche.

## Los ojos de la fe

El Señor ha nacido ya en nuestras vidas, en la vida del mundo. Cuando los pastores o los Magos son convocados en Belén, Jesús ha nacido ya. Y todos los discípulos que dan testimonio de la Resurrección, han abierto los ojos para reconocer una Presencia que ya había salido del sepulcro, que la Magdalena ya había visto tomándole por el hortelano, que caminaba ya desde hacía horas con ellos hacia Emaús, una Presencia que estaba ya en la orilla del lago mirándoles, llamándoles, esperándoles. La presencia de Jesús no es creada, sino siempre reconocida por el don de la fe. Y la fe es como los ojos: ven no porque crean la luz, sino porque se abren para recibirla como un don. La fe es siempre un abrir los ojos para reconocer, en el don del Espíritu, la luz de la presencia de Dios en Cristo.

Por esto, Jesús reprende a los discípulos solamente cuando están faltos de fe, porque no abren los ojos a una luz que ya les ha sido dada. No hay nada que dé más dolor a Cristo que esta cerrazón de nuestros ojos ante el esplendor de Su presencia. Por esto, Jesús lloró ante Jerusalén: «En aquel tiempo, al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! (...) no has conocido el tiempo de tu visita» (Lc 19,41-44).

No se es nunca fiel o infiel a algo, sino a alguien. El esplendor de la fidelidad de muchos monjes y monjas ancianos no se mide en años, en obras, sino en la frescura de su permanecer enamorados de Cristo. Y cuando alguno se marcha, quizá los más jóvenes, no es casi nunca por graves infidelidades, sino precisamente por no haber sabido o podido abrir los ojos a la luz de Su presencia que solo ella da sentido a toda vocación, y también a nuestras humanas fragilidades al vivirla.

Volvemos a centrar y a orientar en la presencia del Señor, vivir en función de su nacer dentro de la cotidianidad de las relaciones y de los gestos, es la gran obra de la vida cristiana, que para los monjes y las monjas debería ser privilegiada. Nuestra tarea en la Iglesia, en cualquier cosa que hagamos, es la de permanecer orientados a Cristo que surge en medio de nosotros “para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1,79), la paz para nosotros, la paz para todos, la paz de la comunión con el Padre en el Espíritu Santo en Cristo Redentor de toda la humanidad. Solo así nuestra fe y vocación se convierten en significativas para el mundo, porque le transmiten el significado de sí mismo y de toda realidad. Una sola persona que vive con el corazón orientado a Cristo y por Cristo transforma el caos en realidad ordenada a su fin, incluso cuando el mundo continúa sin darse cuenta de ello.

Precisamente por esto, Dios ha puesto a la Iglesia en el mundo, como canta el Salmo 88: “Dichoso el pueblo que sabe aclamarte, caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro” (Sal 88,16). ¿Somos este pueblo? ¿Es nuestra Orden, son nuestras comunidades este pueblo dichoso, feliz, porque camina a la luz del Rostro revelado del Misterio, de Cristo Señor?

## **Reorientados hacia Cristo**

Si a menudo nos sentimos perdidos, desorientados, incluso siguiendo nuestra vocación y en nuestras comunidades, si ciertas situaciones nos desconciertan, y nos hacen indecisos sobre cómo continuar el camino, o nos tientan para detenernos o volver atrás, es porque descuidamos la orientación hacia Cristo de nuestra vida, no nos fijamos bastante, personalmente y todos juntos, en el Sol que nace de lo alto para dirigir nuestros pasos. Tenemos la pretensión y la presunción, o quizá simplemente la ligereza, de poder orientarnos en la vida sin orientarnos a través de Cristo. Creemos poder definir los puntos cardinales de nuestra existencia sin mirar al punto en el que nace el sol. Por esto no es raro ver personas o comunidades que están convencidas de ir en la dirección justa cuando sin embargo van en dirección opuesta. Quien no mira al sol que nace del Este, no puede estar cierto de dirigirse al Norte, Sur u Oeste.

Pero ¿cómo dejarnos orientar por la presencia de Cristo que nace para nosotros? Bastaría leer y meditar con atención, aplicándola a nuestra vida y situaciones, la Regla de san Benito para aprender a vivir esta capacidad de orientación, que es la sabiduría cristiana. Toda la tradición de la Iglesia y el magisterio que la actualiza hoy se nos dan para esto.

Viendo la situación y la necesidad de nuestras comunidades, y no solo de las nuestras, me parece importante subrayar dos puntos.

### **El silencio que se fija en Jesús**

Ante todo, es necesario volver a recomenzar siempre de la conciencia de que solo Cristo es el verdadero Camino de la vida (cfr. Jn 14,6). Sólo Él nos conduce al Padre, origen y destino de toda criatura, de todo hombre, de todo corazón. Y volver a tomar conciencia de que Cristo es el Camino en el hecho de caminar con nosotros, acompañándonos, es decir, haciéndose realmente presente.

Todo debe siempre comenzar de una mirada que Lo reconoce presente. Presente en nuestro corazón, presente en la Iglesia, en los sacramentos, en su palabra, en nuestro prójimo, en el pobre. Este reconocimiento es una mirada silenciosa. Como lo expresa la carta a los Hebreos: “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe” (Heb 12,1-2a).

Todo se convierte en un peso inútil que nos fatiga en vano, si no nos detuviésemos jamás, aunque solo fuera un segundo, para fijarnos en silencio en Jesús. Como hemos visto en la escena a la orilla del lago de Tiberíades: «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Quién eres?”, porque sabían bien que era el Señor» (Jn 21,12). Están ahí, en silencio, con la mirada fija en Él, esperando su iniciativa. El grito de Juan – “¡Es el Señor!” – se convierte en un reconocimiento silencioso y adorador de su corazón; no tenían necesidad de hablar, de preguntar, porque “sabían bien que era el Señor”.

Esta actitud es la que permite a Jesús manifestarse cada vez más, hacerse aún más presente: “Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, y así hizo también con el pescado” (Jn 21,13). El silencio que se fija en el Señor nos abre al don de la Eucaristía, total donación de Cristo al hombre, hasta dejarse asimilar para que nos convirtamos en Él.

## **Hablarnos de Él**

De este silencio nace el hablarnos de Él. Los pastores, después de haberlo adorado, hablan de Él a todos los presentes: “Y después de haberlo visto, contaron lo que les habían dicho del niño” (Lc 2,17). Los discípulos de Emaús dialogan sobre lo que la presencia y la palabra de Jesús habían suscitado en lo íntimo de su corazón (cfr. Lc 24,32). Los apóstoles hablan de Jesús a Tomás (cfr. Jn 20,25), y después al mundo entero.

Me asombra qué poco se habla de Cristo en las comunidades, qué poco normal es para nosotros hablarnos de Su presencia, de Su palabra. Es como si caminando juntos no nos recordásemos los unos a los otros el por qué caminamos y hacia dónde vamos. Sin embargo, ¡qué hermoso podernos transmitir la luz del Sol que orienta nuestros pasos! Si a veces falta la paz en los corazones y en las relaciones, es precisamente porque no nos ayudamos bastante a dejarnos orientar por Cristo a seguir el camino de la paz.

Incluso la Madre de Dios y san José han necesitado ser ayudados y orientados por quien contemplaba al Niño y hablaba de Él. El anciano Simeón, acogiendo a Jesús en el Templo, exclama: “Mis ojos han visto a tu salvador, al que has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones” (Lc 2,30-32). Y después se pone a dialogar con María: “Él está puesto para que muchos en Israel caigan o se levanten y para ser signo de contradicción...”, revelando también el destino de la Madre en la obra de la Redención del Hijo: “y a ti una espada te atravesará el alma” (Lc 2,34-35).

Así pues, queridos, me parece que no hay nada más urgente para nosotros y para la humanidad que el poner en el corazón de nuestra vocación la mirada fija en Jesucristo, Sol que nace de lo alto, y ser así, entre nosotros y con todos, testigos de esta Luz.

¡Que este sea el don que nos ofrecemos a nosotros mismos y al mundo en esta Navidad y siempre!



*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*